

fácil. Evidentemente, no se trata ahora de ensañarse una vez más con aquellas deformaciones de la Iglesia que, presentadas en una exposición desmesurada, hacen de ella un monstruo inaudito de la historia de la humanidad. Esa visión negativa nos sale al paso con más frecuencia de la deseada, con más contrastes de los existentes, con más odio que objetividad. Pero si el ensañamiento es morboso, el reconocimiento humilde y realista es necesario y terapéutico. De ahí la necesidad que tiene la Iglesia de una purificación continua.

2.3. Iglesia "reconciliada": una utopía practicable

Terminamos constatando que lo mejor de la Iglesia está todavía por ser. Esto vale particularmente con relación a la reconciliación. La Iglesia reconciliadora y reconciliable reconcilia y se reconcilia cada día. Pero la Iglesia completamente "reconciliada" es aún una utopía.¹¹ Paso a paso viene a ser realidad, pero el alcance de su "factibilidad" se escapa al control de la razón y a la lógica de la estadística.

La "reconciliabilidad" de la Iglesia es un proyecto practicable, pero pendiente siempre del futuro, más allá de su presente realidad.¹²

La utopía de una Iglesia completamente reconciliada con Dios, con los hombres, con el mundo y consigo misma pasa por tareas muy concretas que, si bien es verdad que nunca estuvieron realmente ausentes de su praxis milenaria, deberán adquirir mayor densidad reconciliadora en el futuro.

Aquí, más que estado final, la utopía es un empeño que nunca acaba. Y los derroteros de tan múltiple tarea empeñativa nos recuerdan que:

- Una Iglesia reconciliada ha de llegar a vivir, con mayor profundidad y con mayor coherencia, en la fe-esperanza-amor a Dios y a los hombres.
- Una Iglesia reconciliada ha de encontrar, en un *talante constantemente renovado de conversión*, la autenticidad de su retorno a las fuentes cristianas y de su compromiso con la hora presente de la humanidad.

¹¹ El sentido que atribuimos aquí a "utopía" no se corresponde propiamente con la idea de ficción imposible, ilusoria, quimérica y fantasiosa. Alude más bien a aquella forma de realidad ideal que emplazamos en los límites de los "todavía-no" alcanzado (Bloch), de lo abierto a una perfección no medible, más allá de lo dado en las dimensiones del pasado o del presente, incardinado más bien en un futuro posible, pero no determinado.

¹² El carácter de "utopía practicable" es algo inherente a la Iglesia en su intento constante de superación. Cada nuevo renacer tiene unos umbrales de crisis en los que se cuestiona el presente y el pasado inmediato para dar paso a nuevas formas de realización. Tal ha sido el caso, a gran escala, del renacer utópico de la Iglesia inmediatamente posterior al Vaticano II. Cf. MONJARDET, B.: *Otra Iglesia, otra fe*, Madrid-Barcelona, 1970.

- Una Iglesia reconciliada como cabeza visible del pueblo de Dios ha de crecer en *colegialidad*,¹³ *corresponsabilidad y pluralidad en la unidad*, como enseña el Vaticano II.
- Una Iglesia reconciliada ha de ejercitarse -más explícita e intensamente que lo ha hecho hasta ahora- en la *captación y apertura dóciles a los "signos de los tiempos"*.

Concluimos con canto de optimismo y esperanza. A pesar de las voces que difunden desaparición e irrelevancia, a pesar de los síntomas que evidencian fisuras y carcomas en ese ícono viejo de veinte siglos de historia, otros signos gritan vida joven y vigencia redoblada; las rupturas señalan a los odres viejos que ceden y se abandonan a la pujanza del vino nuevo.

Hay que proclamar la esperanza. No desde los tejados de un triunfalismo resbaladizo, sino desde la experiencia de amor acrisolado. Hay que proclamar la esperanza en una Iglesia reconciliada: sierva de Dios y servidora de los hombres; hija del Espíritu y hermana de los pobres; libre de sí y liberadora; profeta de la paz; horizonte abierto de los "nuevos cielos"; testigo de perdón, servidora de reconciliación y signo perenne del amor y de la misericordia de Dios nuestro Padre.

¹³ El Vaticano II –*Lumen Gentium*, n. 22– ha puesto de manifiesto "la naturaleza y forma colegial propia del orden episcopal". Poner en primer plano en la Iglesia el principio de colegialidad y de subsidiaridad y aplicarlo a todos los niveles es desencadenar un proceso de democratización en el funcionamiento eclesial que está llamado a transformar estructuras arcaicas muy poderosas de la Iglesia que deben desaparecer": R. VELASCO, art. *Iglesia*, 459.

Restitución del cristianismo de Miguel Servet en el V centenario de su nacimiento

Rev. Aragon. Teol. 35 (2012)

Luis G. Betés Palomo

LA OBRA

La obra cumbre de Miguel Servet, *La Restitución del Cristianismo*, terminó de imprimir en latín, "*Christianismi Restitutio*", el 3 de enero de 1553. Había tratado de imprimirla desde 1542, pero tuvo serias dificultades en Basilea. Encontraba impresor, pero no editor, por lo que hubo de hacerlo personalmente y a sus costas, en medio de grandes precauciones y en la más absoluta clandestinidad. Tres obreros le ayudaron y en poco tiempo, de octubre del 42 a enero del 43, logró sacarlo a luz. Para evitar problemas, iba destruyendo las planchas y los originales a medida que se iban imprimiendo, para no dejar el más mínimo rastro. Lo presentó en la feria de Frankfurt y la inquisición requiso todos los volúmenes menos tres (los de Edimburgo, Viena y París). En 1790 Cristóbal von Murr reimprimió en facsímil el original de Viena y una de las copias se conserva en Madrid, en la Biblioteca Nacional. La primera traducción integra y al español fue hecha en 1976, con el patrocinio de la beca March, por Angel Alcalá y Luis Betés. Curiosamente, se publicó en 1980, por la Fundación Universitaria en su colección de "autores clásicos olvidados".

La obra es una verdadera joya para conocer a nuestro autor y la odisea de su vida. La primera página, en tres pinceladas, nos regala un verdadero autorretrato de Servet. La introducción, en cuatro palabras, nos ofrece la verdadera autobiografía de su vida. Y el contenido, más que un tratado de teología es una verdadera confesión de su fe.

Autorretrato

El título, "restitución del cristianismo", subraya la misión profética de Servet. Contra Calvino y los protestantes, exige restituir el cristianismo que estaban usurpando. Calvino acababa de publicar *Instituciones Cristianas*. Y el subtítulo es una "convocatoria

toda la iglesia apostólica a volver a los orígenes, a restituir íntegro el conocimiento de Dios, de la fe en Cristo, de nuestra justificación, de la regeneración bautismal, de la Cena del Señor, a restituírnos, por fin, el reino celestial, a disolver la cautividad de la impía Babilonia, a destruir del todo al anticristo y sus secuaces". Dos leyendas, a pie de página, definen su personalidad profética y su trágico desino martirial. La primera leyenda, en hebreo, dice "y apareció Miguel en el cielo". El es Miguel, el arcángel llamado por Dios para poner orden en la cristiandad. Así lo reconoce él, y así se presenta en los "Dos Diálogos sobre la Trinidad", identificándose con el arcángel, el interlocutor que trata de convencer al otro, Pedro, que representa a una Iglesia equivocada. La segunda leyenda, en griego, dice "y se desató una lucha en el cielo", clara premonición de la suerte que le esperaba y que se temía, aunque no tenía miedo a morir por la causa de Dios. Había escrito "et mortem nihil formido" y no tengo miedo a la muerte.

Autobiografía

La introducción, además de explicar con detalle la articulación del contenido de la obra, relata, en cuatro palabras, la verdadera historia de su vida, a partir de su vocación para restituir el cristianismo. Esas palabras son: 1) sorpresa ante las reacciones que provocan sus escritos, tanto entre los católicos como entre los protestantes; 2) miedo frente a las persecuciones que se organizan, por parte de las inquisiciones de España, de Francia y finalmente la que le llevaría a la muerte; 3) intentos de volver la espalda a Dios y eludir la misión recibida (el mismo se ve como Jonás, huyendo por el mar), cambiando constantemente de lugar de residencia, de nombre (miguel de Villanueva o Michelle Villeneuve), de nacionalidad (español de Aragón, de Tudela, francés), 4) rendición, tras unos años de cierta paz y tranquilidad, como médico del arzobispo Palmieri, a la llamada de Dios, que no podía rechazar ya por más tiempo. Así lo expresa él:

"Dirige tú mi mente y mi pluma, para que pueda cantar la gloria de tu divinidad y poner en claro la verdadera fe en ti. Asunto tuyo es este de exponer tu gloria y la salvación de los tuyos, asunto que me fue encomendado a mí por una especie de impulso divino, que me movió a salir en tu defensa cuando apenas contaba veinte años y no era más que un adolescente, al que nadie le había enseñado nada sobre esta cuestión. Comencé a tratarlos ya entonces y ¡cuán grande es la ceguera del mundo!—enseguida se me persiguió por cielo y tierra para arrastrarme a la muerte. Aterrorizado huí al destierro y me oculté durante largos años entre extranjeros, con gran tristeza de mi alma. Al verme a mí, como un niño, joven e inexperto, abandoné por completo la causa, pues no me consideraba suficientemente preparado. Mas, he aquí, oh clementísimo Jesús, que de nuevo me mandas tú volver a mi propósito, y a ello me avengo, fortalecido con tu consuelo y pertrechado con abundantes estudios y lecturas,

pero, sobre todo, con una inquebrantable confianza en tu verdad. Te pongo por testigo, para que nadie me tome por un innovador, de que no me mueve a esta empresa ninguna ambición o vanidad. Te pongo por testigo de que fue Dios quien me apartó de mis proyectos y de que ante el temor de la persecución inminente, cual otro Jonás, planeé huir más allá del mar a alguna isla nueva. Pero tú mandas, tuya es la causa y no puedo volverme atrás. Tú nos has dicho que no puede ocultarse la luz debajo del celemín, de modo que, ¡ay de mí si no evangelizo! Se trata de tu causa, la causa de la verdad, en la que todos estamos comprometidos” (C.R., introducción).

Confesión

El texto recoge no sólo sus reflexiones teóricas, sino también su propia experiencia religiosa, que va salpicando con hermosas oraciones que delatan sus diferentes estados de ánimo (miedo, esperanza, confianza, osadía, indignidad etc.), como la que acabamos de citar en el párrafo anterior y entretejiendo con hermosos recuerdos de su vida, como la experiencia terrible en la coronación del emperador Carlos V por el Papa Clemente VII, el 24 de febrero de 1530. La fastuosidad de la ceremonia (20 cardenales, 53 arzobispos y obispos), tan en contra de los aires de sencillez evangélica difundidos por los reformadores, le impactó profundamente, y probablemente provocó su ruptura con la Iglesia católica. Así lo describe él:

“Yo lo he visto, yo. Con mis propios ojos he visto cómo era llevado a hombros por los príncipes, repartiendo bendiciones con su mano a diestro y siniestro, mientras le adoraba el pueblo arrodillado a su paso por las calles. Llegaban al extremo de que, si podían besarle los pies o las sandalias, se consideraban los más afortunados, y proclamaban que habían obtenido numerosas indulgencias, gracias a las cuales les serían reducidos largos años de sufrimientos en el purgatorio”. (C.R.683).

EL AUTOR

Infancia

Miguel Servet, o Miguel de Villanueva, natural de Tudela, o Michelle de Villeneuve, naturalizado francés, que así hubo de cambiar de nombre, como de nacionalidad y residencia, para despistar a sus perseguidores y eludir la inquisición española y francesa, se llamaba en realidad Miguel Serveto Conesa. Nació el día 29 de septiembre del año 1511 en Villanueva de Sijena. Era, por tanto, como él mismo reconoce, español de Aragón, “ab Aragonia hispanus”. Aragoneses era sus padres: Antón, notario real con

sede en Sijena, y Catalina, hija del caballero Pedro Conesa. Miguel era el mayor de tres hermanos, de los cuales Pedro siguió la carrera notarial del padre, y el tercero Juan fue sacerdote y párroco de Poleñino.

No se sabe apenas nada de su formación, lo que ha facilitado toda suerte de especulaciones sobre sus posibles estudios en Huesca, o en Zaragoza, incluso en Lérida, pero teniendo en cuenta que con catorce años pasa al servicio personal del arzobispo Quintana, confesor de Carlos V, lo más razonable parece pensar que aprendería las primeras letras en familia, luego tal vez con los frailes que servían al monasterio de Sijena, y tal vez más tarde pudo pasar algunos años en el cercano monasterio de Montearagón, ¿se preparó allí como seminarista? Ello explicaría muchas cosas, como sus conocimientos religiosos y su pase al servicio del arzobispo.

Con catorce años, en 1525, entra al servicio del arzobispo Quintana como paje y secretario. Durante cuatro años compartió con él los principales acontecimientos de la época en ciudades como Toledo, Granada y Valladolid, y en asuntos tan relevantes como el erasmismo, la cuestión de los alumbrados y otros asuntos de la corte y de los ambientes doctos de la época. Sus años con Quintana marcaron su primera juventud, hasta que en 1528 su padre lo envió a estudiar derecho a Toulouse. En un ambiente estudiantil muy rico (se calculan más de diez mil alumnos matriculados y más de seiscientos profesores), y a pesar del ambiente piadoso de la ciudad, tuvieron que encontrar eco las convulsiones religiosas de la Reforma. Después de dos años, Miguel desaparece de Toulouse, reclamado por el arzobispo Quintana para acompañarle en la expedición a Bolonia, para la coronación de Carlos V como Emperador de manos del Papa Clemente VII.

Diáspora

Abandona el séquito imperial, se aleja de su benefactor Quintana y se refugia en Basilea, huésped de Ecolampadio. Un año más tarde, en 1531, con apenas 20 años de edad, sale a luz su primera obra "Sobre los errores de la Trinidad". Esta obra, con enseñanzas contrarias a la doctrina católica y protestante, desencadenó la persecución de la inquisición española y francesa. Un año después publica "Dos diálogos obre la Trinidad", donde matiza su pensamiento. El 24 de mayo de 1532 se pone en movimiento la inquisición de Zaragoza y un mes más tarde la de Toulouse da orden de busca y captura. Y así, a los 22 años, Miguel Servet se convierte en el hereje más perseguido. Comienza la diáspora.

Durante algunos años se mueve entre París, donde se gana la vida dando clases de matemáticas en el Colegio de los Lombardos, y Lion, donde trabaja en una imprenta como corrector de pruebas. En París comienza sus estudios de medicina y allí publica

su primera y única obra de medicina "Sobre la naturaleza universal de los jarabes". Un incidente con el rector, a propósito de la Astrología, le forzó a huir de París. Y aunque volvió más tarde, los estudios de medicina los acabaría en Montpellier hacia 1540. Reside dos años en Viena del Delfinado, trabajando de corrector de pruebas primero y luego de responsable de ediciones. Así tuvo ocasión de conocer los escritores eclesiásticos más importantes (los santos Padres), hizo dos ediciones de la Biblia y editó y comentó dos ediciones de la geografía de Tolomeo. Sus últimos doce años los pasó en Lion, como médico personal del arzobispo Palmieri. En esos años tranquilos, se dedicó a reflexionar, reelaborar y redactar su principal obra, "Christianismi Restitutio", que recoge todos los escritos anteriores, ampliándolos con otras nuevas aportaciones.

ALGUNAS IDEAS

De los errores de la Trinidad. En el misterio de la Trinidad niega expresamente la distinción de tres personas, entendidas como entidades metafísicas, lo que difícilmente evita un triteísmo inadmisibles, por eso opta por persona en el sentido original, hebreo y griego de máscara o apariencia, manifestación. **Dios** es una sola sustancia, indivisible, que se manifiesta en la Palabra y se comunica por el Espíritu. Dice: *"Del mismo modo que la Palabra es la esencia de Dios en cuanto se manifiesta al mundo, así también el Espíritu es la esencia de Dios en cuanto se comunica al mundo. Tal comunicación está íntimamente ligada a esta manifestación... En la Palabra de Dios estaba su Espíritu. Brotaba el Espíritu con la Palabra. Dios espiraba al hablar. Espíritu y Palabra tenían la misma sustancia, pero distinta modalidad"* (C.R.323).

Jesucristo es Hijo de Dios y es hijo de María, pero no es hijo eterno de Dios. En el principio era el Verbo, la Palabra. Y la Palabra se hizo carne y entonces, y sólo entonces, comenzó a ser Hijo de Dios a la vez que hijo de María. Es por tanto Hijo del Dios eterno, pero no es hijo eterno, pues antes y desde toda la eternidad es la palabra pensada (el verbo, el concepto), pero no era Palabra pronunciada con acento humano en el seno de la Virgen.

Respecto del **Espíritu Santo** resulta sorprendente que se sirve del descubrimiento de la circulación de la sangre, para explicar cómo la sangre se purifica y sublima para ser la sede idónea del alma y acoger el espíritu de Dios, que nos hace hijos suyos.

La justificación. Servet opta por la justificación por las obras de la caridad. Se aparta así de las posturas protestantes y se acerca a la posición católica. Ve claramente que es la fe, mejor dicho la gracia de Cristo en quien creemos, la causa de nuestra justificación. Nadie se Justifica por sus obra y menos por el cumplimiento de la ley. Pero es consciente de que la fe sin las obras es solo vana credulidad, mera presunción.

Los sacramentos. Servet los denomina ministerios del apostolado y sólo reconoce tres sacramentos: la predicación, el bautismo y la eucaristía. El primero es **la predicación**, que valora y describe elogiosamente, porque la fe entra por el oído, al escuchar la palabra de Dios. *“Nuestro hombre interior ha sido efectivamente engendrado del Espíritu Santo por la predicación del evangelio, al modo que Cristo ha sido engendrado del espíritu Santo por la Palabra de Dios”* (C.R., 694). **El bautismo** cobra un especial relieve en el pensamiento de Servet, como origen de la filiación divina, al comunicársenos el mismo espíritu de Dios. Pero el bautismo supone la fe, y en consecuencia, no puede administrarse válidamente a los niños y a los menores de edad, pues no son capaces de fe. Curiosamente, para Servet, la minoría de edad llega hasta los 20 años. El mismo se haría bautizar de nuevo ya con 33 años. El tercero y último de los sacramentos es **la cena**, en la que *“hay una verdadera comida interior y espiritual del cuerpo de Cristo, si bien la comida interna se pone de manifiesto por la externa, así como la espiritual por la corporal”* (C.R. 931 s). Contra la opinión de la Iglesia, Servet sostiene que las materias empleadas por Jesús en la eucaristía, no deben entenderse químicamente, sino sociológicamente, lo importante es que asumió un alimento y una bebida corrientes en el pueblo y no precisamente trigo y vino. Termina su exposición con estas palabras: *“la misa es como una difusión de los dones y de la bendición de Dios... por eso en la misa debe también difundirse la caridad cristiana como se difunde la de Dios sobre nosotros”*. (C.R. 947).

EL MENSAJE

A la hora de la verdad, cuando le iba en ello la vida, no dudó ni un instante en mantenerse fiel a su vocación, la causa de Dios, pero fiel también a su conciencia, la causa del hombre. Cuentan sus historiadores que cuando iba con el sambenito, camino de la hoguera, el sacerdote Farel que lo acompañaba en calidad de confesor, le instaba a que renunciase a su reconocimiento de Jesús, como hijo del Dios eterno, y aceptase la doctrina correcta de Jesús hijo eterno de Dios. A lo que renunciaba Servet. Farel insistía en aconsejarle que no le costaba nada cambiar el orden del adjetivo —en vez de hijo de Dios eterno, hijo eterno de Dios— a lo que Servet respondió: se puede cambiar el orden de las palabras, pero no la conciencia. Y, ya en la pira, al aplicarle el fuego a la cara, dando un alarido de dolor, gritó con todas sus fuerzas: *“Jesús, hijo de Dios eterno, ten piedad de mí”*.

Así expiró. Sus últimas palabras fueron un acto de fe y de entrega en manos de Dios. Murió como un mártir por su fe en Jesucristo, aunque sólo se lo reconocen unos miles de cristianos unitarios que lo veneran como mártir en Estado Unidos. Pero esas palabras son también un desafío a todas las inquisiciones y un alegato contra la intolerancia de los hombres. En su obra, Restitución del Cristianismo, al hablar sobre la